

833
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. T.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

D 258
83
V 2

LIBRO TERCERO.

La batalla de Leipzig, tan gloriosa para Gustavo-Adolfo, produjo grandes cambios en la conducta de este monarca y en la opinion que la Alemania se habia formado respecto de él. Acababa de combatir contra el capitán mas grande de la época; sus teorías militares y el valor de sus soldados habian luchado contra la táctica de un guerrero adiestrado por la experiencia y contra el valor reconocido de lo mas selecto de las tropas imperiales, y habia salido victorioso de aquella prueba. Así es que desde aquel momento se le vió tener mas confianza en sí mismo; sus operaciones militares tuvieron una marcha mas franca y mas atrevida, y en las situaciones mas críticas conservó la noble seguridad que inspiran siempre las grandes acciones. Altivo con sus enemigos, digno con sus aliados, su misma bondad, aunque siempre inagotable, imprimió gradualmente á su carácter el sello de la condescendencia del hombre superior que tiene el convencimiento de dominar á cuanto le rodea. Su piedad intuitiva daba á su

valor un tinte de exaltacion religiosa, que mas de una vez le hizo confundir su causa con la del cielo, y lo impulsó á considerarse como el instrumento de la venganza divina. Dejando siempre tras sí y á una gran distancia su trono y su país natal, avanzó en las alas de la victoria hasta el corazon de la Alemania, donde hacia muchos siglos no habia podido penetrar ningun conquistador extranjero.

Esta gran parte de la Europa, que surcan rios numerosos, donde casi á cada paso se levantan ciudades fortificadas ó castillos rodeados de murallas formidables, habia sabido hacerse temer y respetar de todos sus vecinos por el valor de sus soldados, por el mérito y vigilancia de los soberanos que la gobernaban, y sobre todo, por las sábias combinaciones de su constitucion fundamental, que hacia que todos aquellos pequeños Estados no formasen mas que un solo cuerpo compacto. Diversas ocasiones la tempestad habia amenazado estallar en las fronteras del imperio; pero el centro habia conservado hasta entónces el privilegio equívoco de no tener mes enemigo que á sí mismo. Solo el fanatismo religioso habia tenido bastante poder para romper los lazos que, al unir á todos los miembros de la dieta, los hacia invulnerables; y sin esta circunstancia nunca hubiera podido Gustavo-Adolfo llevar sus armas victoriosas hasta el seno de la Alemania. Es verdad que supo mantenerse allí, porque era tan hábil en el gabinete, como intrépido en el campo de batalla; y que por medio de una política prudente, aunque leal, lograba desbaratar con tanta facilidad los lazos que le tendia la perfidia de sus enemigos, como el fuego de sus cañones arruinaba las murallas de las ciudades en que se creian seguros. Prosiguiendo el curso de sus victorias del uno al otro extremo de la Alemania, supo conservar en su mano el hilo que

únicamente podia guiarlo al traves de aquel dédalo, sin aislarlo de sus propios Estados.

Si la noticia de la derrota de Tilly esparció el terror en el partido católico, ella causó á los protestantes ménos alegría que sorpresa é inquietud. Las victorias del rey de Suecia sobrepujaban á sus previsiones y aun á todas sus esperanzas. Establecido en el corazon de la Alemania, sin rival y sin adversario capaz de detenerlo, era dueño en lo de adelante de abusar de su posicion. Las justas alarmas que el poder demasiado extenso del emperador les habia infundido, encontraban en el del rey de Suecia motivos mas grandes y mejor fundados. En efecto, ¿no se debia temerlo todo, no solamente para la religion católica, sino aun para la misma constitucion del imperio, de parte de un conquistador que á la vez era protestante y extranjero?

La intrepidez y la consumada prudencia de Gustavo-Adolfo vencieron los obstáculos que aquella disposicion de los ánimos le hacia encontrar á cada momento. Por otra parte, si el triunfo de sus armas inquietaba á sus poderosos aliados la Francia y la Sajonia, los mismos triunfos infundian á los pequeños soberanos el valor de abrazar francamente su partido; porque siendo bastante débiles para aspirar á representar el primer papel, no tenian nada que temer de la ambicion del héroe del Norte, miéntras que todo lo podian esperar de su generosidad y de su poderosa proteccion. No siendo nada por sí mismos, creian que al hacer causa común con él adquiririan alguna importancia, y se apresuraban por lo mismo á abrirle la entrada al interior de la Alemania, alimentando á sus tropas y procurándoles en sus ciudades y fortalezas un refugio para el caso en que sufrieran algun descalabro. La prudente política de Gustavo-Adolfo, que sa-

bia manejar con exquisito tacto la susceptibilidad del orgullo alemán, sus maneras afables, su equidad, su respeto por las leyes del país en que se encontraba y la conducta humana y moderada á la cual obligaba á sus tropas, no tardaron en grangearle el afecto sincero de todos los protestantes.

Al trasportar la guerra al territorio de los soberanos de la Liga disponia á su voluntad de sus tesoros, atraia á su bandera á la juventud y los obligaba á proporcionarle ellos mismos los medios de vencerlos. Pero no obtuvo este resultado, sino porque estos príncipes, divididos entre sí por intereses opuestos, obraban cada uno separadamente, por lo cual los generales estaban sin poder sobre las tropas y el gefe del ejército veia en el gobernante un adversario ó un rival. Gustavo, por el contrario, reunia en sí propio todo principio del poder; él era el único objeto de las operaciones de sus generales, el alma de su partido y el creador del sistema de guerra, cuyo conjunto solo él conocia, á la vez que él mismo dirigia su ejecucion: finalmente, él solo daba á la causa que defendia, la unidad y buen órden que faltaba á sus adversarios.

Llevando en una mano la espada del guerrero y en la otra la palma del pacificador, Gustavo-Adolfo recorrió todos los puntos de la Alemania, como héroe, como legislador y como juez. Las capitales y las plazas fuertes le abrian sus puertas sin intimacion y lo recibian con tanto respeto y humildad como si fuese su legítimo soberano. La Alemania no tiene murallas bastante elevadas, ni rios bastante anchos para detener su marcha triunfal; el terror que inspira á sus enemigos le abre paso por todas partes. El estandarte sueco flota sobre las dos orillas del Mein, el Palatinado se encuentra ya libre y los españoles y loreneses son rechazados mas allá del

Rhin y de la Mosela. Semejantes á un torrente, los suecos y los soldados de la Hesse, invaden el territorio de los capítulos de Maguncia, de Wurtzburgo y de Bamberg, tres arzobispos fugitivos sufren lejos de sus sedes el castigo de su adhesión á la casa de Austria. Muy pronto el gefe de la «Liga» experimenta á su vez las calamidades con que por tanto tiempo ha abrumado á sus adversarios. Sin embargo, el vencedor le ha ofrecido la paz; pero ni la generosidad de su enemigo, ni la derrota de la mayor parte de sus aliados han podido triunfar de su tenacidad. En vano se coloca Tilly en la frontera de los Estados bávaros, amenazador y terrible como el sombrío serafín que con su flamígera espada impide á los mortales la entrada al paraiso: el implacable génio de la guerra pasa sobre los restos inanimados del anciano general, las tropas suecas se extienden sobre las dos orillas del Lech y del Danubio, y el elector de Baviera huyendo de fortaleza en fortaleza, abandona sus Estados y á sus desgraciados súbditos, los que con su ciego fanatismo aumentan el resentimiento de los vencedores. Munich abre sus puertas al invencible héroe del Norte, y Federico V, aquel elector del Palatinado que hacia tanto tiempo andaba proscrito y fugitivo, entra á la derecha del conquistador, á la capital de su enemigo, y este triunfo le hace olvidar por un instante sus prolongados padecimientos y la pérdida de su corona.

Miéntas que Gustavo-Adolfo extiende sus conquistas en los límites meridionales del imperio germánico, sus generales y sus aliados obtienen sobre los demas puntos victorias no ménos decisivas. Toda la Baja Sajonia sacude el yugo austriaco; los imperiales son arrojados del Mecklemburgo y de las dos orillas del Elba y del Wesser.

Guillermo, landgrave de Hesse Casel, liberta la Westfalia

y el alto Rin; los duques de Weimar se apoderan de la Turingia; el electorado de Tréveris cae en poder de los franceses; los sajones se hacen dueños de la Bohemia; los turcos invaden la Hungría; una insurrección que hacia mucho tiempo fermentaba en secreto estalla en el seno del Austria, y Fernando II, temblando y desesperado, pide socorros á todos los soberanos de Europa contra tantos peligros reunidos en su contra. Pero en vano llama á las tropas españolas: el valor de los flamencos las detiene mas allá del Rin; inútilmente pide la ayuda de Roma y de toda la Iglesia católica, el papa se ríe hipócritamente de la crítica situación en que se encuentra un monarca, que, en la embriaguez del triunfo, no temió ofenderlo. Las demostraciones de su fingida piedad se limitan á pomposas procesiones, á vanos anatemas, y por única respuesta á los socorros de dinero que solicita el emperador, le muestra los campos de Mantua devastados por sus soldados.

La vasta monarquía austriaca está rodeada por todas partes de enemigos, que al penetrar en los Estados de la «Liga» han destruido la última muralla que constituía su fuerza y de la que dependía su duración. Sus mas adictos partidarios están vencidos; su mas firme apoyo, el intrépido y orgulloso Maximiliano de Baviera, ha descendido tanto, que no puede defender ni sus propias provincias, y con él, el poder imperial ha caído tambien hasta el extremo de que solo un prodigio puede salvarlo de la ruina que le amenaza.

En tan crítica situación todo el mundo pide que se nombre á un capitán hábil y temido, pero el único hombre que poseía este doble mérito habia sido separado del servicio por las intrigas y por la envidia. La desgracia habia domado tanto el orgullo de Fernando, que se decidió á ser el primero á entrar en negociaciones con un súbdito, con el servidor

á quien habia ofendido. El monarca que en otro tiempo era tan arrogante y tan terrible, se veia ahora obligado á suplicar humildemente al orgulloso duque de Friedland que se dignase tomar de nuevo el rango y las dignidades que tan injustamente le habia arrebatado. Después de una larga y fingida resistencia, el duque aceptó al fin, é inmediatamente el cambio repentino que se verificó en la marcha de los acontecimientos anunció que una mano hábil y firme los dirigia ya. El poder del rey de Suecia se encuentra en lucha con el poder ilimitado del generalísimo imperial; un héroe siempre triunfante está frente á frente de otro héroe que tambien parece haber hecho un pacto con la victoria. Los dos principios opuestos comienzan de nuevo un combate dudoso, y las operaciones de la guerra, que Gustavo-Adolfo creia haber fijado, se hallan sometidas á nuevas y difíciles pruebas.

Semejantes á esas nubes destructoras cuyo choque, por ligero que sea, esparce sobre la tierra la muerte y la desolación, los dos ejércitos establecen su campo frente á Nüremberg, se observan con respetuoso silencio y temen y desean al mismo tiempo que aparezca el primer soplo de la tempestad que debe ponerlos en contacto. La Europa entera tiene los ojos fijos en Nüremberg, y esta ciudad espera, con una ansiedad mezclada de orgullo, el momento en que dará su nombre á una batalla que será todavía mas decisiva que la de Leipzig. Repentinamente se aclara el horizonte, las sombrías nubes de la guerra se alejan de la Franconia para ir á deshacerse á las llanuras de la Sajonia; el rayo que amenazaba á Nüremberg cae en Lützen, y la victoria que permanece indecisa y flotante no responde sino al último llamamiento de un rey que espira sobre el campo de batalla.

La fortuna que este rey ha sabido encadenar á su carro le

permanece fiel hasta despues de su muerte, sonrie apacible al contemplar sus restos inanimados y les da por sudario una gloria sin mancha. Al arrebatarse tan pronto á Gustavo-Adolfo de un mundo del cual era la esperanza y el orgullo, su buen génio ha querido sin duda sustraerlo al destino comun de los mortales, á quienes el exceso de la felicidad y del poder hace que olviden siempre la justicia y la moderacion. Sí, es permitido suponer, que si el héroe del Norte hubiera recorrido una carrera mas larga, no habria merecido las lágrimas que la Alemania derramó sobre su tumba ni la admiracion que la posteridad ha consagrado á su memoria.

Un partido cualquiera, cuando pierde á su gefe, puede considerarse próximo á su ruina, pero para la Omnipotencia divina que dirige al universo, no hay ningun hombre indispensable. Dos grandes hombres de Estado, Axel Oxenstiern en Alemania y Armando de Richelieu en Francia se apoderan de las riendas que la muerte ha hecho caer de las manos del rey de Suecia. El inflexible destino continúa su marcha pasando sobre la tumba del héroe, y durante diez y seis años el fuego destructor de la guerra se levanta todavía sobre sus cenizas olvidadas.

Que se nos permita ahora seguir paso á paso á Gustavo-Adolfo en la liza gloriosa donde él solo dirige y domina todo. No nos ocuparemos de Fernando II, sino cuando una larga serie de infortunios haya abatido el orgullo austriaco y reducido al gefe de esta casa á acudir á los arbitrios mas desesperados.

Tan pronto como se arregló en Halle el nuevo plan de campaña entre el elector de Sajonia y el rey de Suecia, se dispuso este último á penetrar al interior del imperio; pero en esta parte de la Alemania, exclusivamente católica, Fer-

nando era todavía muy poderoso y temido: sus tropas ocupaban la Franconia, la Suabia y el Palatinado; los españoles establecidos en el Rhin, hacian el paso de este rio enteramente imposible, y un ejército lorenés estaba pronto á reunirse al que Tilly habia logrado reunir bajo sus banderas. Gustavo-Adolfo conocia todos estos obstáculos; pero su génio le proporcionó el medio de vencerlos.

Sus hábiles negociaciones le abrieron sin disparar un tiro las puertas de Erfürt, en la que una parte de la poblacion era protestante. Allí, como en todas las plazas fuertes de que se apoderaba, hizo que le prestaran el juramento de fidelidad y dejó una numerosa guarnicion para que cuidase de la observancia de este juramento. Despues de haber confiado á la reina María Eleonor á la lealtad de la ciudad, y encargado á su aliado el duque de Weinvar del mando del cuerpo de ejército que debia reclutarse en la Turingia, dividió las tropas suecas en dos columnas, que atravesaron la selva de esta provincia, quitaron á los imperiales, de paso, el condado de Henneberg y despues de tres dias de marcha se reunieron en Koenigshof, en las fronteras de la Franconia.

El obispo de Wurtzburgo, acérrimo enemigo de los protestantes y uno de los miembros mas activos de la «Liga católica» fué el primero que resintió los efectos de la presencia de los defensores de la reforma. Algunas amenazas bastaron para hacer caer en manos de los suecos la fortaleza de Koenigshof que era la llave de las posesiones del obispo. Al tener noticia de esta fácil conquista, un terror pánico se apoderó de todos los soberanos eclesiásticos de la comarca. Encerrados en sus castillos y temblando de miedo se veian ya despojados de sus dignidades, profanadas sus iglesias y hollado en el polvo el culto que profesaban; porque los enemigos de

Gustavo-Adolfo habian esparcido acerca de este monarca y de sus soldados calumnias tan atroces, que á pesar de su clemencia y de su humanidad, le fué imposible borrar enteramente el efecto que habian producido en el ánimo de los católicos: tan cierto es que el hombre teme siempre de parte de su enemigo el trato que él le daría si se encontrara en su posición.

Persuadidos de que los suecos no los perdonarian á ellos, ni sus creencias, ni sus bienes, los mas ricos de los habitantes de Wurtzburgo buscaron su salvacion por medio de la fuga. El mismo obispo les habia dado el ejemplo, abandonando á sus súbditos á los desastres á que los habia expuesto su ciego fanatismo, y se refugió en Paris donde trabajaba en indisponer á Richelieu contra el enemigo de la religion de que ambos eran ministros. Gustavo-Adolfo extendió sus conquistas por todo el arzobispado, las ciudades de Schweinfürt y de Wurtzburgo capitularon, y Marienburgo fué tomada por asalto. En esta última plaza, considerada como intomable, encontraron los vencedores una inmensa cantidad de víveres y municiones que los imperiales habian acumulado allí para ponerlos á cubierto de las eventualidades de la guerra. La biblioteca de los jesuitas fué para el rey una preciosa adquisición que se apresuró á enviar á la universidad de Upsal: sus soldados quedaron tambien muy complacidos con los vinos deliciosos que encontraron en las bodegas del prelado.

Por lo que hace á sus tesoros y á las cajas públicas, habia tenido el tiempo de llevárselas consigo. La sumision de la capital fué seguida de la de todo el territorio; Gustavo-Adolfo recibió el juramento de fidelidad y por falta del soberano legítimo nombró un gobierno provisorio compuesto por mitad de católicos y protestantes. En todas las ciudades que caye-

ron en su poder abrió templos al culto reformado; pero no molestó en lo mas mínimo al de la Iglesia romana, ni vengó con represalias la larga y cruel opresion que habian hecho sufrir á sus correligionarios. Para él no existian otros enemigos que aquellos á quienes combatia con las armas, y con todo, se habia hecho una obligacion de economizar su sangre casi del mismo modo que la de sus propios soldados.

Inmediatamente despues de la invasion de su territorio por los suecos, el arzobispo de Wurtemberg habia entablado negociaciones con el rey, sin mas objeto que el de dar tiempo á Tilly de marchar en su socorro. Este generalísimo, que habia reforzado su ejército con las guarniciones de la baja Sajonia y con las tropas de los generales Altringer y Fugger que se le habian reunido, ardia en deseos de borrar la vergüenza de su derrota con una victoria brillante; así es que esperaba con una gran impaciencia el permiso de atacar al rey de Suecia; pero la «Liga» que con grandes esfuerzos habia logrado reorganizar un ejército, comprendia que, si era destruido le seria imposible reemplazarle otra vez. Por lo mismo persistió Maximiliano en no exponer el porvenir de su partido á los azares de la guerra. Al recibir la orden que lo condenaba de nuevo á la inaccion, el anciano general derramó lágrimas de vergüenza y de desesperacion, y entre tanto, Gustavo-Adolfo se aprovechaba de la prudencia llena de temores de la Baviera para extender y asegurar sus conquistas. La llegada de doce mil loreneses al campo imperial, habia aumentado el ejército del generalísimo, al que le hubiera sido fácil por lo menos el salvar el arzobispado de Wurtzburgo; pero no recibió el permiso de socorrerlo, sino cuando ya habia caido en poder de los suecos. La necesidad de evitar una batalla paralizaba antes de emprenderlas todas sus operaciones, y solo

pudo, aunque rara vez, disputarles momentáneamente la posesion de algunas plazas fuertes. Despues de procurar, aunque en vano, el introducir un refuerzo á la ciudad de Hanau pasó el rio Mein cerca de Schlegenstadt y tomó el camino de Berg á fin de garantizar al Palatinado de la invacion sueca.

En aquella época fué cuando el duque Cárlos de Lorena se atrevió á atacar á Gustavo-Adolfo. Aquel príncipe, célebre por la inestabilidad de su carácter, la temeridad de sus proyectos y los reveses que sufría sin cesar, ambicionaba hacia ya mucho tiempo el título de elector. Para obtenerlo, se hizo el campeón entusiasta de Fernando II, y habia llevado tan lejos su afecto por la causa de este monarca que se atrajo la enemistad de la Francia. Así, miéntras que buscaba con ardor la corona electoral en una tierra extranjera, fantasma brillante que desaparecía continuamente á su vista, las tropas francesas se apoderaban de sus Estados. Pero esta catástrofe en lugar de abrirle los ojos acerca de sus verdaderos intereses, no hizo mas que aumentar su actividad por defender la causa de Fernando, quien se dignó concederle como una gracia el permiso de imitar á los otros príncipes de la Liga y de consumir su ruina agotando sus últimos recursos en beneficio de la gloria y omnipotencia de la casa de Austria. Seducido por las promesas con que el emperador habia acompañado el permiso, logró levantar un ejército de diez y siete mil hombres que condujo en persona contra Gustavo-Adolfo.

La experiencia y la disciplina faltaban enteramente á estas tropas: pero el lujo de su uniforme atraia todas las miradas, y si el enemigo no llegó nunca á tener pruebas de su carácter bélico, en cambio dieron muestras poco amables de moderacion á los pacíficos habitantes á quienes debian defender. Un ejército tan bien visto y animado de semejantes ideas no

podia luchar mucho tiempo contra el valor intrépido de los suecos: una sola carga de caballería bastó para poner en fuga á varios regimientos, un terror pánico se apoderó de los demas, que buscaron mas allá del Rhin un refugio contra los indomables guerreros del Norte. Aborrecido por los alemanes y despreciado por todo el mundo, el duque Cárlos pasó por Strasburgo y huyó á la Lorena. Despues de haberlo arrojado del campo de batalla, Gustavo-Adolfo hizo que le preguntaran qué motivo lo habia impulsado á acometer una empresa tan extravagante, y el pobre duque se tuvo por dichoso con poder aplacar la cólera del vencedor por medio de una carta en la que le pedia humildemente perdon del error á que lo habia conducido la fogosidad de su carácter. Se asegura que durante su fuga fué encontrado y reconocido por un aldeano de las orillas del Rhin, quien dando un golpe al caballo que montaba el duque, le dijo: «Apresuraos, monseñor, porque es necesario correr mas pronto de lo que lo haceis cuando se huye del gran rey de Suecia.»

Aleccionado el obispo de Bamberg por el funesto ejemplo de su vecino de Wurtzburgo se propuso excederle en destreza y en perfidia. Lo mismo que éste, quiso ganar tiempo para que las tropas imperiales pudiesen auxiliarlo. A este efecto, aparentó una completa sumision é hizo proposiciones de paz, que Gustavo-Adolfo, demasiado leal para adivinar fácilmente las infamias de sus enemigos, acogió con benevolencia y se mostró tanto mas moderado en sus pretensiones, cuanto que creia que el tiempo indispensable para la conquista de Bamberg, podia ser empleado con mas fruto en las provincias de las orillas del Rhin, hácia las cuales se dirigió inmediatamente. Su confianza en la sinceridad del prelado, le hizo perder las contribuciones que hubiera obtenido sin

GUERRA.

UNIVERSIDAD DE LEON
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO"
TOMO II FERRER, MEXICO
Apto. 1625

dificultad mientras que ocupaba las ciudades y fortalezas del país; las que fueron entregadas á las tropas imperiales en cuanto se hubo alejado. El triunfo del obispo fué de corta duracion: uno de los generales suecos que habia permanecido en Franconia se encargó de castigarlo: y su territorio, convertido en el teatro de una lucha sangrienta, sufrió todos los horrores de la guerra, porque amigos y enemigos lo devastaron á porfia.

Libres de la contrariedad que les imponia la presencia de las tropas imperiales, y tranquilizados por la generosidad y justicia del rey de Suecia, la nobleza del país, la clase media y los representantes de los Estados se declararon en su favor y la ciudad de Nürenberg se puso solemnemente bajo su proteccion. Un manifiesto dirigido á la Orden de caballería, y en el cual Gustavo-Adolfo llevó la condescendencia hasta explicar los motivos por los cuales se habia creído autorizado á entrar á mano armada en Franconia, acabó de grangearle el afecto sincero de esta Orden y la escrupulosa probidad de sus soldados en sus relaciones con los habitantes, le valió algunos dones voluntarios que hicieron reinar la abundancia en su campamento. Por último, fueron tan grandes la confianza y la estimacion que supo inspirar, que toda la juventud acudió en masa á alistarse bajo sus banderas en cuanto se oyó el primer redoble del tambor de uno de los reclutadores. Así fué que se hizo la conquista de la Franconia en ménos tiempo del que hubiera empleado un viajero en visitarla.

Confianto á Gustavo Horn, uno de sus mejores generales, el cuidado de vigilar con ocho mil hombres por la conservacion de sus conquistas, condujo él en persona el grueso de su ejército á las orillas del Rhin para poner á cubierto la

frontera del imperio contra los ataques de los españoles y sacar de aquellas ricas comarcas nuevos recursos para continuar la guerra. Siguiendo el curso de Mein, sometió á Seligenstad, Aschaffenburg, Steinheim y todas las provincias de las dos orillas de este rio. Las guarniciones austriacas rara vez lo esperaban y nunca les resistian sino unos cuantos dias. Un coronel sneco logró por un ardía bien combinado apoderarse de la ciudad y fortaleza de Hanau, cuya conservacion era tan importante para el general Tilly. El soberano de este condado, considerándose dichoso con verse libre de la frenética soldadesca que pretendia ser su aliada, se sometió en el acto á la dominacion mucho mas suave de los suecos. Despues de conseguir estos resultados, procuró Gustavo-Adolfo apoderarse de Francfort sobre el Mein. Desde su llegada á Sajonia, habia entablado negociaciones con esta ciudad que era una de las primeras del imperio: comprendiendo que tenia ya bastantes fuerzas para emplear un lenguaje mas enérgico, le intimó que diese paso á sus tropas y que se sometiese á recibir una guarnicion sueca. Esta intimacion puso á la ciudad en una cruel alternativa. Toda la prosperidad de que gozaba dependia de sus franquicias comerciales y del esplendor de sus ferias, cuyas ventajas no tardaria en arrebatarle Fernando II, si un revés cualquiera ponía al rey de Suecia en la imposibilidad de protegerla: pero al mismo tiempo, su fidelidad á la causa imperial podria serle funesta, exponiéndola á la venganza del vencedor, ya próximo á acampar sus muros. En esta extremidad, bajo envió al encuentro de Gustavo-Adolfo una diputacion encargada de explicarle el verdadero motivo de sus vacilaciones. Este monarca la recibió con una sorpresa mezclada de desden.

«Me admira, dijo, el saber que la ciudad de Francfort tenga mas empeño en conservar sus riquezas, que en cumplir con los deberes que le impone la religion y la patria; y es poco honroso para ella, hablar de sus almacenes y de sus «ferias, cuando se trata de la libertad de la Alemania y del «porvenir de la reforma. Ademas, desde la isla de Rügen «hasta las orillas del Rhin he encontrado la llave de todas «las fortalezas, y del mismo modo sabré procurarme las de «Francfort. Yo combato por la felicidad de la Alemania y por «la independencia de la religion protestante, y ningun obstá- «culo me detendrá, porque tengo la conciencia de la justicia «y de la bondad de mi causa. Conozco que los habitantes «de Francfort, creen hacer mucho con tenderme un solo de- «do, pero yo necesito la mano entera; con esta condicion úni- «camente los protegeré.»

Y marchando en pos de la diputacion llegó casi al mismo tiempo que ella á las puertas de la ciudad, donde al frente de su ejército formado en batalla, esperó la última decision del consejo. Tranquilizados por esta actitud amenazadora, que en caso de necesidad podria servirles de excusa con el emperador, los magistrados de Francfort abrieron sus puertas y el rey hizo su entrada á la ciudad imperial con una pompa imponente y un órden admirable. En la tarde del mismo dia entró al territorio de Maguncia, donde ántes de oscurecer se apoderó de la ciudad de Hœchst.

Sus generales y sus aliados fueron igualmente felices en el Norte de la Alemania. Dirigido por el general Tott, Juan Alberto, duque de Mecklemburgo, reconquistó á Rostock, Wismar y Dœmitz que eran las únicas plazas fuertes del ducado que estaban todavía en poder de los imperiales. El obispado de Halberstadt, del que los suecos se habian apoderado

inmediatamente despues de la batalla de Leipzig, permaneció en manos de ellos á pesar de los esfuerzos continuados del enemigo para expulsarlos de allí. El mismo resultado les aguardaba en el territorio de Magdeburgo, á donde fueron á establecerse con ocho mil hombres. Despues de haber hecho pedazos á los regimientos imperiales mandados en auxilio de la ciudad, se acercó á ella y la estrechó tanto que ya pensaba en capitular el general Wolf que mandaba la plaza, cuando Pappenheim llegó á socorrerle y obligó á los sitiadores á dirigir sus armas á otros puntos. Sin embargo, los imperiales abandonaron muy pronto de su propia voluntad á Magdeburgo, ó por mejor decir, las miserables cabañas que se levantaban tristemente sobre las ruinas de aquella ciudad en otro tiempo tan rica y tan hermosa, y los suecos quedaron tranquilos poseedores de ella. La [Baja Sajonia que Wallenstein y Tilly habian castigado tan cruelmente por la parte que habia tenido en la desgraciada expedicion del rey de Dinamarca, habia adquirido de nuevo la fuerza suficiente para tomar parte en la guerra.

Los representantes de los Estados de esta comarca se reunieron en Hamburgo y decidieron levantar tres regimientos destinados á expulsar á las guarniciones imperiales. No pareciéndole bastante vigorosa esta medida al obispo protestante de Bremen, pariente de Gustavo-Adolfo, reclutó por su propia cuenta algunas tropas, con las cuales atacó los conventos que estaban sin defensa y arrojó de ellos á los frailes que ningun mal hacian; pero no tardó mucho en ser desarmado por el general austriaco conde de Grousfeld. El duque de Lüneburgo, que en otro tiempo habia estado al servicio del emperador, tomó tambien partido por Gustavo-Adolfo, y levantó un pequeño ejército con el que contribuyó

activamente al buen éxito de los suecos en la baja Sajonia. El landgrave de Hesse Cassel les prestó servicios aun mas importantes; porque él solo sometió la abadía de Fuldes y una parte de la Westfalia; sus empresas difundieron el terror hasta el mismo palacio del elector, arzobispo de Colonia.

No se ha olvidado, sin duda, que inmediatamente despues de que el landgrave de Hesse Cassel contrajo alianza con Gustavo-Adolfo en Werben, Tilly encargó á dos de sus generales, Fugger y Altringer, que castigasen su infidelidad con el emperador, y que aquel príncipe rechazó al enemigo con tanta firmeza como valor, hasta el momento en que la batalla de Leipzig lo libró de la presencia de los imperiales. Aprovechándose del descanso que le proporcionaba este acontecimiento, conquistó con la mayor rapidez Bach, Münden, Hœchster, Fulde, Puderborn y todas las posesiones eclesiásticas limítrofes de la Hesse, las cuales se apresuraron á salvarse del pillage pagando fuertes contribuciones. Despues de aquellas ventajas, unió su ejército victorioso al de los suecos, y se dirigió á Francfort para combinar con Gustavo-Adolfo nuevos planes de campaña.

Durante su corta permanencia en aquella ciudad, el héroe del Norte recibió sin cesar las visitas de los príncipes y de los embajadores que iban á tributar un homenaje á su gloria, á aplacar su cólera, ó á implorar su clemencia. El desgraciado palatino Federico V, aquel rey de Bohemia de un dia, no podia dejar de encontrarse entre el número de los solicitantes. Habia acudido desde el fondo de la Holanda para dar las gracias al vengador de sus derechos ultrajados, y tuvo la satisfaccion de verse tratado como soberano: pero no se realizó ninguna de las esperanzas que habia fundado en la generosidad y en la poderosa proteccion del rey de

Suecia. La inacción, y mas que todo la falsa política de la Inglaterra resfriaron el celo de este monarca en favor de Federico V, y por la primera vez olvidó la noble tarea que tan generosamente se habia impuesto, desde su llegada á Alemania, de defender á los oprimidos.

El terror que inspiraban las armas suecas, habia decidido al landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt á una pronta sumision; pero no por esto dejó de continuar en sus relaciones secretas con el emperador. Su intencion era lograr que los dos partidos hicieran la paz; porque se habia formado ideas tan falsas acerca de su importancia, como de la situacion de los negocios. Esta es la razon de que se le diese por burla, el nombre de «pacificador». Lo admitia el rey á su sociedad íntima y jugaba con él un juego de cartas, y cuando ganaba, que era lo que casi siempre sucedia, le decia riendo: «Vuestro «dinero me causa tanto mas placer, cuanto que es moneda «imperial». Esta extremada indulgencia, se explica por el parentesco del landgrave con el elector de Sajonia á quien Gustavo-Adolfo tenia que guardar consideraciones.

Los condes de Westervald y de Weterau se presentaron tambien en Francfort, con el objeto de ofrecer al rey de Suecia socorros, que mas tarde le fueron muy útiles contra los españoles.

Muy pronto tuvo ocasion la ciudad de Francfort de felicitarse por haber tomado el partido de ponerse bajo la proteccion del rey de Suecia. Sus relaciones comerciales, que la guerra habia interrumpido, se reanudaron, y sus ferias que estaban desiertas por los excesos de las tropas imperiales, se pusieron mas florecientes que nunca. Reforzado con los diez mil soldados que le habia llevado el landgrave de Hesse Cassel, Gustavo-Adolfo tomó las fortalezas de Kœnigstein,

Kostheim y Fliershein. Dueño ya de toda la orilla del Mein se dispuso á pasar el Rhin con buques de transporte que mandó construir á toda prisa en Hochst. Estos preparativos alarmaron al elector Anselmo-Casimiro, arzobispo de Maguncia. Como celoso partidario del emperador y miembro activo de la «Liga» debia necesariamente temer el ser tratado con mas severidad que lo que lo habian sido los obispos de Wurtzburgo y de Bamberg. Haciéndose ilusion acerca de los recursos con que contaba para resistir, hizo reparar á toda prisa las murallas de la capital, introdujo en ella las suficientes provisiones para sostener un largo sitio y aumentó la guarnicion con dos mil españoles mandados por Don Felipe de Silva. Para impedir que se acercaran los buques de transporte suecos, hizo cerrar el Mein en su confluencia con el Rhin por medio de postes enormes, entre los cuales se echaron á pique grandes barcas cargadas de piedras. Pero mas cuidadoso todavía de poner en seguridad su persona y sus tesoros, el prelado, acompañado del obispo de Worms huyó á toda prisa á Colonia llevando consigo todo lo que tenia de mas precioso y abandonó su ciudad, su país y á sus súbditos á la codicia y al despotismo de los soldados extranjeros encargados de defenderlos. A pesar de aquellos preparativos, los suecos avanzaron hácia Maguncia y se prepararon á sitiaria.

Miéntas que un cuerpo de ejército invadia el Reingau, exterminaba á todos los soldados españoles que encontraba á su paso y levantaba por todas partes contribuciones exorbitantes, y otro cuerpo cobraba gruesas sumas á las ciudades y aldeas del Westerwal y de la Wetterau, el ejército principal establecia su campo cerca de Cassel, frente á Maguncia. El duque Bernardo de Weimar habia llevado sus excursiones

mas léjos todavía: porque se habia apoderado de la torre de los ratones (Maeusethurm) y del castillo de Ehrenfels situados ambos en la ribera opuesta del Rhin. Gustavo-Adolfo se preparaba á pasar este rio para estrechar á Maguncia por todos lados, cuando las ventajas que Tilly acababa de obtener en Franconia lo pusieron en la precision de suspender el sitio de esta ciudad para ir en socorro de Nürenberg; porque los imperiales, aprovechándose de su ausencia habian intimado rendicion á esta ciudad, declarándole que la mas ligera tentativa que hiciera de resistencia, le valdria un castigo igual al de Magdeburgo. Demasiado humano y demasido político al mismo tiempo, para exponerse una segunda vez al reproche de haber abandonado á una ciudad aliada á la furia de un vencedor implacable, iba á dirigir sus tropas á aquel punto á marchas forzadas; pero desde que salió de Francfort tuvo la satisfaccion de saber que los habitantes, con heróico valor habian obligado á Tilly á levantar el sitio y á alejarse del país. Esta feliz noticia le permitió emprender de nuevo las operaciones contra Maguncia. Despues de una inútil tentativa para pasar el Rhin en Cassel bajo el fuego de los cañones enemigos, se decidió á atacar la ciudad por otro punto. Con este objeto tomó el camino de Berg, se apoderó de todas las plazas fuertes situadas en el país y apareció por la segunda vez en las orillas del Rhin, cerca de Stockstadt, entre Grensheim y Hoppenheim. En el camino de Berg, los españoles habian huido siempre delante de él, pero queriendo por lo ménos defender el paso del Rhin, quemaron ó echaron á pique todos los buques de los alrededores y se atrincheraron en las dos orillas del rio, donde tomaron una actitud amenazadora, anunciando la resolucion de combatir á todo trance, si los suecos lograban efectuar el paso. Sin cuidarse mag

que de conocer de una manera exacta las posiciones del enemigo, el rey cometió una imprudencia que lo expuso á ser hecho prisionero. Sentado él solo en un pequeño bote tuvo la temeridad de atravesar el río; pero en el momento de desembarcar fué asaltado por una tropa de ginetes españoles, que estupefactos al ver su audacia y la intrepidez con que se defendía, le dieron tiempo de subir á su bote y volver tranquilamente á la otra orilla. No bien hubo llegado, logró apoderarse con el socorro de algunos barqueros de dos buques de transporte en los que hizo embarcar al conde de Brahe con trescientos hombres escogidos. Esta pequeña tropa desembarcó sin obstáculo en la orilla que el rey acababa de reconocer: pero ántes de haber terminado los atrincheramientos que á toda prisa construía para fortificarse, fué atacada por catorce compañías de dragones y coraceros españoles. A pesar de la gran superioridad numérica del enemigo, se defendió sin tener pérdidas considerables, hasta el momento en que el rey en persona fué á socorrerlo con un nuevo destacamento. El combate fué corto, pero terrible: mas de seiscientos españoles quedaron tendidos en el campo de batalla y el resto emprendió la fuga y se refugió en Maguncia.

Setenta años despues se veía aún en el mismo parage una elevada columna coronada por un leon de mármol, que tenia un casco en la cabeza y en la garra derecha una espada desnuda. Este monumento se habia construido para hacer conocer á los que lo mirasen, que en aquel punto el héroe del Norte se habia hecho dueño del principal río de la Germania.

Inmediatamente despues de este suceso, Gustavo-Adolfo embarcó su artillería y el grueso de su ejército, á fin de sitiá la ciudad de Oppenheim, la que fué tomada por asalto el 8 de Diciembre de 1631; la guarnicion, compuesta de qui-

nientos españoles, pagó con su vida el valor con que habia defendido la plaza.

Al saber que el rey de Suecia habia conseguido pasar el Rhin, los españoles y los loreneses, estacionados en las provincias de la orilla izquierda de este río, no pensaron mas que en sustraerse por medio de la fuga á la venganza de los vencedores. Los primeros se encerraron en la fortaleza de Franckenthal; los segundos abandonaron la ciudad de Worms despues de dar á los pacíficos habitantes una nueva y última prueba de su crueldad y de su espíritu de rapia.

El instante habia llegado por fin para Gustavo-Adolfo de realizar sus proyectos sobre Maguncia, que acababa de recibir dentro de sus murallas á los últimos restos de las tropas españolas. Se dispuso por lo mismo á atacarla por el lado de la orilla izquierda del Rhin, mientras que el landgrave de Hesse Casel avanzaba por la orilla derecha en la que sometió de paso todas las plazas fuertes que aun no habian reconocido la autoridad sueca. Aunque cercados por todos lados en la plaza, mostraron los españoles al principio mucho valor y resolucion y sostuvieron durante algunos dias un cañoneo que causó grandes estragos en el campo de los suecos. En medio de aquel fuego destructor, Gustavo-Adolfo continuaba ganando terreno y logró hacer avanzar á su ejército tan cerca de los atrincheramientos, que no le quedaba ya mas que tomarlos por asalto. Desde aquel momento desapareció la audacia de los sitiados; la toma de Marienburgo cerca de Wurtzburgo les habia demostrado de lo que era capaz el valor de los suecos, y todo los autorizaba á temer que si Maguncia se exponia á ser tomada por asalto, el rey quisiese hacer de aquella rica y magnífica capital de un arzobispado católico un holocausto expiatorio á los manes de las